

VIERNES SANTO

1ª lectura (Isaías, 52, 13 – 53, 12): **Él soportó nuestros sufrimientos.**

Salmo (30, 2 y 6.12-13.15-16.17 y 25): **«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»**

2ª lectura (Hebreos, 4, 14-16; 5, 7-9): **Mantengamos firme la fe.**

Pasión (Juan 18, 1 – 19, 42): **¡Crucificalo, crucificalo!**

En la pasión escuchamos la historia más estremecedora jamás contada; al menos para nosotros cristianos. Es evidente que en este texto joánico están atenuados algunos rasgos más dramáticos, que sí aparecen en los relatos sinópticos; por ejemplo: en el «**huerto**» no aparecen ni su dramática «**oración**» ni «**el pavor y la angustia**» (Mc 14, 35-36), ni «**suda gotas espesas de sangre**» (Lc 22,44); sino que, por el contrario, nos encontramos en Juan con un Jesús que domina la situación.

Notamos también cómo el diálogo que Jesús mantiene con Pilato es el de un «**Rey**» (pero no en el sentido burlesco que aparece en los sinópticos) que maneja la escena, a pesar de que su interlocutor es la máxima autoridad romana en aquel territorio. Por otra parte, en el relato joánico de la muerte de Jesús no aparece «**el abandono**» (Mt 27,6), sino que nos narra la muerte de aquel que, al morir, nos da la vida, haciendo de este modo que nazca una humanidad nueva.

El evangelista pone en boca de Jesús esta expresión: «**Está cumplido**». Son sus últimas palabras y el resumen de su vida. Está cumplida la Escritura y el siervo de Yahveh se ha entregado por todos. Está cumplida su misión de proclamar la Buena Nueva y anunciar el Reino de Dios presente ya en el mundo y en las personas. Está cumplida su tarea: curar, perdonar, resucitar. mostrar que el acceso a Dios es universal. Está cumplido el compromiso salvador de Dios en Jesús, un compromiso que, aun pasando por la muerte, nos lleva a la vida. Dios ha salido a nuestro encuentro en su Hijo Jesucristo y nos ha enseñado a vivir hasta las últimas consecuencias. El amor, la entrega y la fe son los nuevos ejes de la vida de toda persona.

A Jesús le ajustician como al peor de los malhechores. La muerte en cruz estaba reservada para los sediciosos, los que actuaban contra el imperio, los revolucionarios. El profeta del amor y la ternura de Dios termina clavado en un madero. Es la mayor contradicción y signo de injusticia. El amor atravesado en una cruz. **¿Tan peligroso era? ¿Tan agresivo resultaba su mensaje de inclusión y perdón? ¿Tanta gravedad suponía hacer una llamada a la conversión y la misericordia?** El amor gratuito y universal de Dios no fue bien recibido. A las personas nos cuesta encajar la libertad del mismo Dios.

El maestro ha sido crucificado y los discípulos dispersados. El escarmiento parecía haber dado resultado. La muerte más cruel para asegurar el final de una persona y de un mensaje. La oscuridad, el silencio y la soledad se ciernen ante Jesús muerto en la cruz. Sin embargo, Jesús, el nazareno, no había dejado a nadie indiferente, puesto que había generado esperanza en las personas que se habían encontrado con él y les había cambiado la vida. Su mensaje de amor y perdón mostraba el camino que conduce a Dios, el Padre bueno que se desvive por todos.

Al contemplar a Jesucristo en la cruz, sentimos la noche del dolor y nos preguntamos si ha terminado todo. No olvidamos su entrega por todos, su amor incondicional, sus palabras de vida. Su entrega es por nosotros, por muchos, por todos. Su cruz, voluntariamente aceptada, es el mayor signo de amor. Él nos lleva en su cruz. Hoy nuestra respuesta es el dolor y el agradecimiento: **¡Tus heridas y tu cruz nos dan la salvación!**

Ni más ni menos que lo que aquí y ahora celebramos, el símbolo del Viernes Santo es la Cruz: la victoria del amor, la Glorificación de Jesús, el triunfo del hombre por la entrega de Dios. Contemplemos la Cruz. Descubramos en ella al hombre verdadero. Aprendamos su camino. En Jesús, muerto de Amor, está presente Dios mismo glorificando, coronando, dignificando y salvando al hombre.

En el fondo lo que está en juego es la asunción vital de la gran contradicción cristiana: **“la muerte es vida, pues el Crucificado es el Resucitado”**. Sólo así podremos hablar de una “*espiritualidad de la cruz*”, que, formalmente, no es una espiritualidad del sufrimiento, ni tampoco el intento de identificarnos con el Crucificado a través de no sé qué prácticas dolorosas, penitenciales. Se trata de una espiritualidad de seguimiento que nos conduce a unirnos existencialmente con Él y con todos los crucificados de la historia desde el amor que salva.

En estos tiempos de crisis necesitamos, más que nunca, activar esa memoria de la Cruz y recordar que la esperanza se nos ha dado en favor de la causa del Reino. La memoria de la Cruz desbarata cualquier entusiasmo o fe ciega en las posibilidades de un éxito histórico. Por eso tener esperanza **“no es creer que el mundo tiene arreglo, sino que tiene sentido luchar para que tenga arreglo”**.